

de observaciones bien tomadas, que servirán de norma cincuenta años y más. Creó personajes que han vivido identificándose con nosotros : « ¿ Pero quién sabe cuánto durará esto ? dice festivamente en el prefacio del *Barbero*. Yo no quisiera jurar que nadie se acuerde de esto dentro de cinco ó seis siglos, ¡ tan inconstante es nuestra nacion, y tan ligera ! »

« Quien dice *autor*, dice *osado* » ; esta es una frase de Beaumarchais, una definicion que nadie ha justificado como él mismo. Uniendo al antiguo ingenio galo los gustos del momento, un poco de Rabelais y otro poco de Voltaire, poniendo por su parte un ligero disfraz español y unos rayos del sol de Andalucía, supo ser el más animado y espiritual parisiense de su época, el Gil Blas del período enciclopédico, en vísperas del período revolucionario ; puso en juego todas las viejas verdades y las sátiras antiguas, rejuveneciéndolas. Él resucitó gran número de proverbios que estaban casi gastados. Fué un gran renovador, el más amable beneficio que agradece esta vieja sociedad, la cual no teme nada tanto como aburrirse, á lo que prefiere los peligros y las temeridades.

Beaumarchais es el literato que ha utilizado más cosas modernas, buenas ó malas, pero ingeniosas y nuevas. En materia de publicidad y de teatro es consumado maestro ; él perfeccionó el arte del anuncio, del reclamo, del prólogo, las lecturas de sociedad que obligan al poder á consentir más tarde ó más temprano la representacion pública, el arte de preparar los estrenos con ensayos casi públicos en los que ya se permite *la claqué*, el arte de sostener y estimular la atencion por medio de obstáculos y accidentes imprevistos ó con actos ruidosos de beneficencia que rompen la monotonía y causan impresion.

Pero no anticipemos los resortes de Figaro ; notemos únicamente que el éxito favorable del *Barbero de Sevilla* fué el origen de una gran reforma en las relaciones de los autores dramáticos con los comediantes. Hasta entónces los autores habian estado á merced de los actores, quienes se creian con derecho, despues de cierto número de representaciones, á confiscar las piezas quedándose con todo su producto. Al cabo de treinta y dos representaciones del *Barbero*, se le antojó á Beaumarchais pedir cuentas á los cómicos ; Beaumarchais no creia que « el espíritu de las letras fuese incompatible con el espíritu

de los negocios ». Los cómicos se negaron y quisieron oponerse á que se compulsaran sus registros ; pero Beaumarchais se mantuvo firme en sus pretensiones, exigiendo no sólo una suma pagadera en dinero con tante (que esto se le ofrecia) sino tambien una cuenta escrita, exacta y clara, una cifra legítima, que se le negó muy cortesmente. Exigió esto, ménos por sí, pues no lo necesitaba, que por sus cofrades en las letras hasta entónces oprimidos y despojados. El pleito duró años : Beaumarchais lo siguió en todos los grados jurisdiccionales, desde los gentiles hombres de la cámara hasta la Asamblea constituyente. En una palabra, consiguió establecer y sentar, y fué el primero que lo consiguió, lo que es la propiedad en materia de teatro haciéndola reconocer y respetar. La sociedad de autores dramáticos, constituida en nuestros dias, no deberia reunirse nunca sin saludar al busto de Beaumarchais.

El famoso *Casamiento de Figaro* estaba escrito hacia bastante tiempo y no se podia representar. Fué el príncipe de Conti quien le indicó, despues de *El Barbero de Sevilla*, que sacara más partido del mismo personaje presentándole de nuevo al público en circunstancias más desarrolladas, más enlazadas y más engrandecidas. Hizolo Beaumarchais, escribiendo el *Casamiento de Figaro* en 1775 ó 1776, es decir, en aquel período en que Beaumarchais, á mi juicio, alcanzó la plena posesion de su talento y su genio, periodo despues del cual le vemos declinar ligeramente y extraviarse de nuevo. Hubo para él cinco ó seis años únicos (de 1771 á 1776) en los que, obligado á la lucha, sometido á la necesidad y alentado por el favor, llegó á la completa expansion de sí mismo ó de sus facultades, sintiendo nacer algunas sobrenaturales que, en el mismo grado, no conservó despues. Necesitábase más ingenio, se ha dicho con razon, para hacer representar el famoso *Casamiento* que para escribirlo. Fué una tarea en la que Beaumarchais se empleó durante algunos años. Tenía contra sí al rey, á los magistrados, al jefe de policía, al guardaséllos, á todas las autoridades. Con aquella seguridad, con aquella osadía que le era propia, buscó apoyo en los mismos cortesanos, es decir, en aquellos de quienes más se habia burlado :

FIGARO.

Yo habia nacido para cortesano.

SUSANA.

¡ Dicen que es un oficio tan difícil !

FÍGARO.

Recibir, tomar, pedir, hé aquí el secreto en tres palabras.

Se dirigió, digo, á los cortesanos. Pero ninguno lo era tanto como M. de Vaudreuil, que lo era con orgullo y pretensiones jactándose de no serlo. Á él acudió directamente : ¿ qué mayor prueba de independencia que proteger á *Figaro* ? « Sólo los hombres pequeños, decía este, temen lo que se escribe. » Los convenció de que en efecto era así ; la sociedad francesa estaba entónces en una singular disposicion de espíritu, pues cada cual pugnaba por burlarse de sí mismo y de su clase, haciéndolo así á más y mejor. Parecía el único papel digno de las personas *comme il faut*.

Beaumarchais comprendió que acabaría por triunfar de la resistencia de Luis XVI, gracias á M. de Vaudreuil y á madama de Polignac, al conde de Artois y á la reina, pero sobre todo, gracias á la curiosidad excitada de las mujeres y de los palaciegos ; para él era una cuestion de tiempo y nada más. Se conoce casi dia por dia la serie de maniobras, de marchas y contramarchas de su cortesana empresa : « El rey no quiere permitir la representacion de mi obra, por consiguiente se representará. » El 12 de Junio de 1783 estuvo á punto de alcanzar la victoria por sorpresa. Por una tolerancia tácita debida á la proteccion del conde de Artois y fundada en una vaga expresion atrevidamente interpretada, se llegó á ensayar la pieza en el teatro de *Menus-Plaisirs*, esto es, en el teatro del rey. Se hicieron varios ensayos semipúblicos, se habian distribuido los billetes para la primera representacion, se habia grabado la figura de Figaro en todos los billetes. Ya se agolpaban los coches á la puerta del teatro, ya el conde de Artois habia salido de Versalles para llegar á tiempo al teatro de París, cuando el duque de Villequier significó á los artistas que se abstuvieran de representar la obra, so pena « de incurrir en la indignacion de su majestad. »

Á esta órden del rey, exclamó furioso Beaumarchais delante de todos : « Pues bien, señores, si él no quiere que se represente aquí, yo juro que ántes de renunciar á la representacion la haré representar, si es menester, en el coro de la catedral. »

No era más que un aplazamiento. M. de Vaudreuil obtuvo permiso para que se hiciera la representacion, por los actores de la Comedia Francesa, en Gennevilliers (26 de Setiembre de 1783), en presencia de trescientas personas. La reina no pudo ir ; pero estuvieron el conde de Artois y la duquesa de Polignac. Toda la flor y nata del antiguo régimen aplaudió lo que la perdía y ridiculizaba. Beaumarchais estaba brio, eloco de alegría : « Corria de un lado á otro, dice un testigo presencial (1), como un hombre que está fuera de sí. Oyó que algunos se quejaban de calor, y sin dar tiempo á que abrieran las ventanas rompió á bastonazos los vidrios. »

Animado con la aprobacion por nó decir la complicidad de tanta gente, y apoderándose de una palabra ambigua de M. de Breteuil interpretada como una autorizacion, logró Beaumarchais decidir á los actores á representar la pieza en los últimos dias de Febrero de 1784. Se hicieron los ensayos, siendo preciso que el jefe de policia (Le Noir) recordase al autor y á los actores la formal prohibicion del rey. Pero Beaumarchais no se dió por vencido.

Por fin se levantó la prohibicion del rey, y la pieza se representó en París el 27 de Abril de 1784. Nada faltó á la solemnidad y al brillo del estreno.

« Hoy ha sido sin duda, dicen las *Memorias secretas*, un dia de satisfaccion para el señor Beaumarchais que tanto gusta del ruido y el escándalo, pues ha llevado tras sí no solamente á los aficionados y curiosos de costumbre, sino tambien á los príncipes de la familia real ; ha recibido en una hora más de cuarenta cartas de toda clase de gentes pidiéndole localidades ; ha visto á la duquesa de Bourbon mandar desde las once á sus lacayos á esperar la distribucion de billetes, anunciada para las cuatro ; ha visto á los Cordones azules confundidos en la muchedumbre, codeándose con los saboyanos, para tener billetes ; ha visto á mujeres de calidad olvidando toda decencia y pudor, encerrándose en los palcos de las actrices desde por la mañana ; ha visto en fin á la guardia dispersa, las puertas derribadas, las mismas verjas de hierro no bastando á resistir y cayendo rotas al impulso de los asaltantes. »

(1) M.^{mo} Lebrun, tomo 1, pág. 147 de sus *Memorias*.

— « Trescientas personas, dice La Harpe, han comido en la Comedia Francesa para estar seguras de encontrar billetes al abrirse el despacho. La apretura ha sido tanta que se ahogaron tres personas. Una más que para Scudéry... La representacion ha sido muy tumultuosa y *tan extraordinariamente larga*, que duró hasta *las diez*, aunque no había fin de fiesta; la comedia de Beaumarchais llenó toda la funcion, lo que es en cierto modo una novedad más. »

La enorme duracion del espectáculo fué de cuatro horas ó cuatro horas y média, pues empezó á las cinco y média de la tarde.

Lanzada la obra despues de tal resistencia, alcanzó más de cien representaciones; fué uno de los grandes acontecimientos políticos y morales de aquel tiempo. No se trataba ya, como en el *Barbero*, de un simple embrollo alegre, de una pieza picante y divertida. En el *Casamiento* había toda una Fronda armada, todo lo que el público había imaginado desde que la pieza fué prohibida. Napoleon decia de *Figaro*, que « era ya la Revolucion en accion. » Las personas sensatas y moderadas de entónces eran del mismo parecer. M. Suard la juzgaba como Napoleon; La Harpe, á su vez, escribia: « Es fácil concebir la satisfaccion y el regocijo de un público encantado de divertirse á expensas de la autoridad. » Pero ante la risa general y la explosion de contento, ¿ qué pueden las previsiones y reservas de algunos espíritus? ¿ qué suponen algunos La Harpe diseminados y algunos frios Suard, contra un justador de la fuerza y pujanza de Beaumarchais? Hay momentos en que toda la sociedad parece responder á los juicios del doctor con las palabras de Figaro: « Á fe mía, señor, si los hombres no tienen más eleccion que la necedad ó la locura, donde no hay provecho hay á lo ménos placer; ¡ viva la alegría! ¿ Quién sabe si el mundo durará todavía tres semanas? »

Para pintar al público francés del estreno de *Figaro* y su entusiasmo flotante, basta citar dos hechos: cuando el héroe de nuestra marina, el bailío de Suffren, entró en el teatro, fué aplaudido con trasporte; cuando un momento despues entró en su palco la actriz madama Dugazon, recién salida de una enfermedad cuya causa era sabida, se repitieron los aplausos.

Despues de consumados los hechos, cuando las revoluciones han seguido su curso dando de sí todas las consecuencias naturales, aquellas

cosas de un dia, cuyo alcance no pudo sentirse entónces, toman una significacion cuasi profética y podemos decir hoy: La antigua sociedad no hubiera merecido en aquel grado perecer y desaparecer, si no hubiera asistido aquella noche y cien veces seguidas, con trasporte, con delirio, con verdadero entusiasmo, á aquella cómica, audaz é insolente burla de ella misma; si no hubiera tomado tanta parte en su propia mistificacion.

Cuando hoy se vuelve á ver ó leer *El casamiento de Figaro*, despues de agotados todos sus chistes y sus sátiras todas, hé aquí lo que parece. Nada tan delicioso, vivo y arrebatador como los dos primeros actos: la condesa, Susana, el paje, aquel adorable Querubin que expresa toda la frescura y todo el primer fulgor de los sentidos, no han perdido nada. Figaro, tal como él se dibuja desde el principio y tal como se acentúa á cada paso, hasta el famoso monólogo del acto quinto, es quizá el que más pierde. Es verdad que tiene ingenio, pero hace alarde; se mira, hace ostentacion y desagrada. No es un Gil Blas sencillo, natural, siguiendo el curso de los sucesos para sacar de ellos una experiencia amarga. El Figaro del *Casamiento* afecta la alegría más que la siente en realidad; ha llegado á ser un personaje y está poseido de ello; dirige todo un mundo y tiene pretensiones. Cuando se detiene bajo los castaños en el acto primero y se pone á contar su vida satirizándolo todo, es pedante, hay algo en él del clubista; no está léjos del primero que subiéndose á una silla en el jardin del Palacio Real, hará igualmente un discurso al aire libre venga ó no á cuento. Agregando á todo esto el interes y la codicia y aquel tender la mano sin vergüenza, creyendo en el oro y manifestándolo con verdadero cinismo, es natural que disguste. Sé muy bien que se corregirá, que el autor tratará de ennoblecerlo en una tercera obra, en *La madre culpable*; pero dejemos á este Figaro final, virtuoso pero degenerado, que ya no se parece á sí mismo. No hay ya un verdadero Figaro despues de *el Casamiento*.

Los personajes, al contráριο, agradan y seducen por su ligereza y naturalidad; Susana, la encantadora jóven, siempre risueña y lozana, llena de gracia y de alegría y de amor (1), es poco prudente, digan lo

(1) Esta riente y brillante pintura me recuerda el bonito pasaje de Plauto (*Truculentus*, acto II, escena IV):

. Ver vide:
Ut tota floret! ut olet! ut nitide nitet!

que quieran; poco dispuesta, por lo ménos, á seguir siendo formal; pero está todavía en las malicias inocentes é instintivas de su sexo. Lo mismo la condesa, en un órden más elevado, pues aunque mujer de mundo perfeccionada y hábil, no ha faltado al deber ni á la virtud. El conde Almaviva, atravesando situaciones que perderían y degradarían á otro cualquiera, sabe conservar el bien parecer, y la nobleza, y un fondo de elevacion que no es habitual en Fígaro ni está á su alcance; es siempre la víctima, pero no es rencoroso; es el hombre que soporta el ridículo más decentemente, salvándolo por el buen humor y por sentimientos que denuncian su origen. En una palabra, es *biennacido*, y esto no se olvida á pesar de sus faltas; si Beaumarchais hubiera soñado en hacerlo una crítica animada de su Fígaro, lo habria logrado. En sus conversaciones con Fígaro, no siempre Almaviva se equivoca. Despues de la célebre explicacion de la política hecha por Fígaro: «Fingir ignorar lo que se sabe y saber lo que se ignora, etc...», cuando el conde le replica: «Lo que defines es la intriga y no la política», tiene completa razon. En fin, tomando á los dos personajes como tipos de dos sociedades rivales y en presencia una de otra, ha lugar á vacilacion y á preguntarse si, despues de todo, no es preferible vivir en una sociedad en que reinara Almaviva más bien que en otra por Fígaro gobernada.

Fígaro es el profesor que ha enseñado sistemáticamente la insolencia, no diré á la burguesia, pero sí á toda clase de advenedizos y de pretendientes.

Querubin, por sí solo, es una preciosa creacion de Beaumarchais; en él ha personificado una edad, un primer momento de la vida de cada uno, con toda la frescura de la emocion naciente y fugitiva: jamás fué más poeta que aquel día. Cuando se quiera, no obstante, apreciar las cualidades propias del talento de Beaumarchais y fijar sus límites por el lado de la poesia y del ideal, convendrá leer despues de las escenas de la condesa y de Querubin las del primer canto del *Don Juan* de Byron, en las que el jóven Don Juan emprende su primera aventura con la amiga de su madre y mujer de Don Alfonso, con Doña Julia. Así se verá la diferencia entre un primer dibujo vivo y natural y una pintura impregnada de pasion y fuego.

Yo no he podido nunca saborear los últimos actos del *Casamiento de*

Fígaro, y gracias que haya podido comprender el quinto. Para mí se desfigura la obra desde el momento en que Marcelina, reconocida por madre de aquel con quien pretende casarse, introduce en la comedia un falso elemento de sentimiento, de drama. Aquella Marcelina, aquel Bartolo, desnaturalizan las frescas sensualidades del comienzo. Hay hasta el fin detalles deliciosos, pero todo concluye en un perfecto embrollo laberíntico. La pretendida moraleja final es una irrision.

Semejante pieza, en la que está presentada la sociedad entera como mascarada de un carnaval del Directorio; en la que nada se perdona, ni el matrimonio, ni la maternidad, ni la magistratura, ni la nobleza, ni las cosas del Estado; en la que la licencia sirve de auxiliar á la política, no podia ménos de ser una señal evidente de revolucion. No seré yo quien asegure que Beaumarchais conocia todo el alcance de su obra; he dicho ya que era arrastrado por las corrientes del siglo y si contribuyó á acelerarlas no las dominó. Se le vió durante todo el tiempo que duró la boga de su *Fígaro*, ocupado en fomentarla como autor que conoce los resortes del oficio; no pensaba sino en sacar todo el partido posible para el placer y la notoriedad. Á la cuarta representacion se lanzaron al público, desde los terceros palcos, centenares de impresos que contenian una cancion satírica contra la comedia; algunos atribuyeron la sátira nada ménos que á un príncipe (al futuro Luis XVIII); pero la impresion y la distribucion se decia que era obra del mismo Beaumarchais. Tales maniobras le eran familiares; explotaba la maledicencia, apoderándose de una calumnia de que él mismo fuera objeto para propagarla, divulgarla, defenderse mejor y hacerse amigos de todos los papanáts indignados.

Algunos días despues era una carta suya lo que circulaba, carta dirigida á un duque y par de Francia que le habia pedido un palco enrejado para unas damas de la corte que querian ver la pieza sin ser vistas:

«Yo no guardo, señor duque, la mínima consideracion (decia la carta de Beaumarchais que andaba de mano en mano) á las mujeres que se permiten ver un espectáculo que juzgan indecoroso, con tal que puedan verlo en secreto; yo no me presto á semejantes caprichos. He dado mi obra al público para divertirlo y no para instruirlo, no para dar ocasion á las mojigatas de celebrarla en el palco y censurarla en sociedad. Los placeres del vicio y los honores de la virtud, tal es la gaz-

moñería del siglo. Mi comedia no es una obra equívoca y hay que aprobarla ó renegar de ella.

« Saludo á usted, señor duque, y me quedo con mi palco. »

Pero pronto se supo que la carta no estaba dirigida á un duque y par, en lo que convino el mismo Beaumarchais, lo que rebajaba mucho la insolencia. Habia sido escrita al presidente Dupaty, amigo del autor, « en el primer arranque de un ligero disgusto ». Cuando se hubo aclarado todo esto el efecto estaba producido; la carta fué durante vários dias un nuevo reclamo en favor de *Figaro*, que por cierto no lo necesitaba.

Lo que mejor caracteriza la época son los actos de beneficencia sentimental, á lo Geoffrin, que servian como de intermedios al *Casamiento de Figaro* contribuyendo al triunfo de la obra. Habiendo dicho un aficionado en el *Journal de Paris*, en son de burla, que dónde estaba la *pequeña Figaro* anterior al matrimonio á que se hacia referencia en *El Barbero de Sevilla*, de la que Rosina hablaba y de la que no volvía á saberse en la segunda pieza, contestó Beaumarchais que la *pequeña* era una niña adoptada por Figaro en Sevilla, solamente por humanidad; que despues habia venido á Francia, casándose en París con un honrado mozo, trabajador del puerto San Nicolas, llamado *l'Ecluse*, el cual acababa de morir entre sus camaradas aplastado por la máquina de descargar los barcos:

« Ha dejado, añadía, á su pobre viuda de veinte y cinco años, con un niño de trece meses y otro de ocho dias que ella está criando aunque enferma y careciendo de todo. Los pobres camaradas de su marido compadecidos de su triste suerte, le han reunido algo para que viva un momento. Ellos me han pedido esta mañana por la pluma de su inspector que yo tambien contribuya. Así lo hago con placer y no dudo, señor, que haréis otro tanto. Yo acabo de mandar un luis para ella á M. Merlet, inspector del puerto San Nicolas, y agrego otros dos luis á esta carta, etc., etc. »

Todo esto se dirigia al redactor del *Journal de Paris*, que publicó la carta, y empezaron á llover luis de oro para la pobre madre viuda y desvalida. La madre hizo su negocio y Beaumarchais tambien, pues, sobre una fábula, hizo á la vez un acto de liberalidad y un reclamo ingenioso de un género enteramente nuevo.

Pero este asunto, sin embargo, tuvo consecuencias extrañas y más graves de lo que podia creerse. El mismo « *Diario de París* » dió á luz una carta friamente irónica, que se suponía escrita por un eclesiástico, en la que se juzgaba poco moral semejante medio de dar limosna á una infeliz mujer, designándola por otra y bautizándola con un nombre de comedia, poco honrado despues de todo, lo que podia ser perjudicial á su hijo:

« La celebridad de ese nombre, señor, que puede hacer vuestra gloria (decía la carta), puede hacer tambien la desventura de esas honradas gentes. ¿ No podriais aliviar las miserias de esa pobre viuda de l'Ecluse sin hacerla pasar por *la pequeña Figaro*? ¿ Cómo no habéis presentido que ese nombre, el mismo que se da á lo que hay de más bajo y ridículo, puede llegar á ser un insulto para la buena mujer á quien ligeramente lo aplicáis? La influencia de los apodos en el pueblo es mayor de lo que se imagina, pues casi nunca se pierden. La mayor parte de los apellidos fueron en su origen apodos populares. »

Á esta leccion un tanto pedantesca que se le dirigia, respondió Beaumarchais como él sabia hacerlo, y en un tono más serio y animado, acaso, que el asunto requería. Él pensaba que sostenía la polémica con el redactor del diario, M. Suard, su contendiente habitual; pero se equivocó. Detras del irónico abate firmante del escrito se ocultaba el conde de Provenza (el futuro rey Luis XVIII). Irritado este por el tono de la respuesta, se quejó, ó álguien lo hizo por él, á Luis XVI, á quien importunaba el perpétuo hablar de Beaumarchais y que no estimaba al hombre. Decidióse pues que Beaumarchais fuera inmediatamente preso y conducido, no á la Bastilla (esto hubiera sido demasiado noble para él), sino á San Lázaro, casa de correccion en la que se encerraba, no á las mujeres como ahora, sino á los clérigos escandalosos, á los hijos de familia libertinos y á otros semejantes. Luis XVI jugaba cuando tomó esta determinacion y escribió con lápiz en un naipe (en un siete) la orden inconcebible de llevar á Beaumarchais á San Lázaro (7 de Marzo de 1785) (1)

Júzguese el ruido y la sorpresa que esta noticia causaría en el público. En el momento en que fueron á arrestarlo tenía Beaumarchais en su casa

(1) Tomo estos detalles de los *Recuerdos de un Sexagenario* de Arnault, tomo I, página 129.

para cenar con él al príncipe de Nassau, al abate Calonne y á otras personas visibles. No estuvo preso más que seis dias; cuando volvió á su casa llegaban á su puerta centenares de coches de personajes que iban á felicitarle. Esto por un lado, que por el otro se le hacian coplas y caricaturas, representándolo estas en San Lázaro en posturas de las más ridículas. Beaumarchais se resintió de la afrenta que se le hacía en medio de su triunfo y se mantuvo algun tiempo retirado, sin contestar á las consultas y cartas de curiosos y de admiradores. Sin embargo, contestó á uno de aquellos en Junio de 1785, diciéndole :

« Me preguntáis si es cierto que el rey me ha concedido socorros importantes en mi actual pobreza; no tengo ninguna razon para ocultar los rasgos de su justicia, como no tengo motivos para disimular la profunda pena que me causó su cólera inopinada. El rey engañado me castigó por una falta que yo no habia cometido; pero si mis enemigos lograron irritarlo contra mí, no han podido alterar su justicia.

» Sí, señor, es cierto que Su Majestad, se ha dignado firmar á mi favor despues de mi desgracia una ordenanza de pago de 2,150,000 libras, sobre los anticipos cuyo reembolso venia yo solicitando del rey al mismo tiempo que se me acusaba del crimen odioso de faltarle al respeto. »

No sé yo si hago bien presentando al lector los puntos singulares y rasgos distintivos del destino y la fortuna del *Casamiento de Figaro*: una representacion arrancada por la corte, por el público y por el autor, á pesar del rey y á despecho de los magistrados; un autor triunfante y desarreglado, volviéndose contra los espectadores y valiéndose alternativamente de todos los medios auxiliares de escándalo, de sensibilidad y de beneficencia, para dar con su cuerpo en la prision de San Lázaro; tratamiento infamante, tratamiento indigno, del que se consuela mediante una orden de pago de *dos millones ciento cincuenta mil libras*. Esto sí que se puede llamar indemnizacion de daños y perjuicios. Es evidente quo entramos en un mundo de moralidad é industria nuevas. Los números se mezclan en todo y consuelan de todo. El hombre de negocios que cobra una porcion de su dinero, apaga en Beaumarchais toda la indignacion del literato. Se puede seguir hablando de la gloria, ¿ pero qué ha sido de lo que se llamaba la consideracion?

Despues de este relato, me falta resumir várias ideas sobre el carác-

ter de aquella sociedad y sobre el del autor. Despues de la aventura de San Lázaro, aún tuvo Beaumarchais sus momentos de celebridad; pero la herida no se cicatrizó. Tenía cincuenta y tres años y su crédito entró en el período de la decadencia. Su talento tambien baja y declina. Su momento feliz habia pasado.

III

Una existencia tan larga, tan aventurera, tan inventiva en más de un sentido como la de Beaumarchais, no se puede encerrar en pocas palabras. Es necesario seguirla en todas direcciones, para llegar á una conclusion equitativa sobre la naturaleza del hombre y la de su talento. Y es esto más exacto cuando se quiere asociar al lector á los propios juicios, haciendo que por la sola exposicion de los hechos pronuncie su fallo de acuerdo con nosotros.

No fué de seguro Beaumarchais quien más perdió con el odioso y ridículo encarcelamiento de San Lázaro, tan inopinadamente acordado por el rey cuando el *Casamiento* hacía furor. El burlador se encontró burlado repentinamente. « El público se ha reido mucho de este escándalo, nos dice un testigo de aquel tiempo; se ha hablado más del suceso que de una batalla ó de un tratado de paz. » Sin embargo, cuando el preso fué puesto en libertad, cuando se le vió salir de San Lázaro, á los cinco ó seis dias, sin que se precisara la causa de un rigor que rayaba en la ignominia, la opinion se decidió contra los que habian ordenado la medida. El poder, avergonzado de lo que habia hecho, retrocedió. Vinieron las reparaciones. Las representaciones de *Figaro* se reanudaron y siguieron su curso. Interrumpidas por la prision cuando se habian repetido setenta y una veces, á la septagésima segunda representacion acudió tanto público como á la primera. Notóse que asistieron todos los ministros. Se hablaba de una carta de M. de Calonne á Beaumarchais, en la que el citado ministro le anunciaba que el rey aceptaba su justificacion. Por una delicadeza que igualaba y superaba á todas las excusas, se representó *El Barbero*